

peración, llevar una vida morigerada en un suburbio tranquilo, en compañía de su mujer y de su perro. Pero su encuentro con Nora, una modelo adolescente de perturbadora belleza hollywoodesca, lo hace entrar en el viejo conflicto de gozar o reprimirse y, al optar por lo primero, termina por precipitarse en un vórtice de excesos que lo llevan a los límites de la aniquilación y de la muerte.

El deseo de hacer contemporáneas e inteligibles las obsesiones amorosas y explicar la conducta desenfrenada del amante, se halla latente en Peri Rossi al crear esta fábula y, para lograrlo, introduce la figura de Francisco, el psicólogo amigo de Javier quien, por medio de esa ciencia del pecado original que es el psicoanálisis, convierte la cámara del fotógrafo en un «falo permanentemente erecto con el que Javier intenta penetrar la realidad» y la conducta esquivada, temerosa y juguetona de Nora en un caso de patología histérica representativo de la dificultad que encuentran los jóvenes hoy en día para entregarse al amor.

De esta manera, la novela aborda una realidad de nuestro tiempo en dos planos paralelos que se complementan; por una parte, desea ser testimonio del vertiginoso ámbito de la ciudad, con su existencia fluctuante, bulliciosa y banal, y su mundo de compromisos y exigencias cotidianas donde «detenerse equivale a ser vencido»; y, por otra,

intenta bucear en las profundidades del alma para explicar el origen de la belleza, las causas de la represión y los oscuros mecanismos del deseo. Pero las fórmulas empleadas para alcanzar tan altos objetivos: metalenguaje freudiano, formas dialectales madrileñas y, sobre todo, la evidente obviedad de la metáfora que equipara la ponzoña de Cupido al ardor y los estragos que las drogas originan en la mente del adicto, son como el mismo ámbito de las ciudades: efímero y fácilmente deleznable.

Hacer deliberadamente contemporáneo un tema eterno implica fijarlo a un tiempo y un espacio que puede ser muy fácilmente rebasado cayendo en la paradójica suerte de la obra que, a fuerza de desear atrapar su tiempo, termina siendo fácilmente devorada por él mismo.

Samuel Serrano Serrano

Cuentos escogidos, Fernando Ampuero, editorial Alfaguara, Perú, 1998, 404 pp.

La carrera literaria del peruano Fernando Ampuero se inicia con el libro de relatos *Parén el mundo que acá me bajo*, pero su reconocimiento se producirá en los 80. Lo que mejor define a este escritor es su independencia artística. Siempre ha

escrito al margen de modas y tendencias, incluso, en momentos en que era difícil sustraerse a ello, concretamente cuando comenzaba a publicar a principios de los 70. Años en los que Vargas Llosa, José María Arguedas y Julio Ramón Ribeyro, no sólo determinaban el panorama de la literatura peruana, sino que además señalaban los principios que determinaban qué debía ser un relato. Muchos fueron los imitadores de los tres escritores señalados anteriormente pero, también, hubo otros que renunciaron al remedo y encontraron un modo personalísimo de contar. Fernando Ampuero fue uno de ellos.

El acierto de esta antología estriba en la selección de cuentos ya que al abarcar los años 70, 80 y 90 podemos estudiar la evolución del autor de *Caramelo verde* (1992) y dividirla en dos etapas: una primera experimental y vanguardista, y una segunda más nítida y directa.

La visión del mundo ofrecida en estos *Cuentos escogidos* es absolutamente pesimista. La civilización moderna hace pensar a Ampuero en un mundo semejante a «una inmensa clínica de reposo», en la fragilidad de lo humano, en un mundo «que agoniza en su propio detritus». Dos son los temas recurrentes: el absurdo de la existencia impulsa a la necesidad de evasión y el amor sentido como imposible permanencia. Ampuero hace del absurdo una condición de la época y circunstancias vitales en las que vive. El espa-

cio es determinado y concreto: Lima. El marco social estará siempre muy abstraído en favor del individuo. Ampuero reconcentra su interés en el intimismo. Por eso entenderemos que a pesar de que escribió sus primeros cuentos bajo el dictador Velasco no hay referencias a la dictadura.

Todas las citas literarias (César Vallejo, Kerouac, Proust, Hesse, Camus...), musicales (Parker, Baker, María Callas...), pictóricas (Giotto, Modigliani...), y cinematográficas hay que entenderlas dentro de la concepción que tiene Ampuero de la creación artística como una manera de escapar del absurdo. Gracias a la belleza, al arte y a la creatividad el hombre se redime y escapa al sin sentido de la vida. Así un personaje sostiene: «lo que realmente importaba era la vitalidad creadora». La ironía, el sarcasmo y la técnica del *suspense* potencian la sensación de incertidumbre, de inseguridad y de caos.

La labor periodística de Ampuero se nota en estos cuentos: una escritura simplificada, nítida, transparente, inmediata, rápidamente captada por el lector. Una prosa diáfana e informativa que ilumina contenidos oscuros, sentidos ocultos y revela lo enigmático al combinar inteligentemente la certidumbre e incertidumbre, lo lógico e irracional, lo ágil y dificultoso, lo inquietante y anecdótico, notas que hacen de Ampuero un escritor único.

Milagros Sánchez Arnosi